

RECENSIONES

General BEAUFRE: *L'O. T. A. N. et l'Europe*, Calmann-Lévy, Paris, 1966, 236 páginas.

Decir que la O. T. A. N. ya no se adecúa a la situación del mundo, y singularmente a la de Europa, se ha convertido en un tópico. Sin embargo, políticos y comentaristas se han mostrado más reservados para exponer por qué llegaban a esa conclusión perentoria, como si la evidencia de lo afirmado excusara la demostración. Las razones de tal reserva se comprenden. La O. T. A. N. es tema a la vez estratégico-militar y político. Esta doble faceta de la cuestión—incluso triple si se toma en cuenta la faceta jurídica—limita notablemente el número de personas capaces de adentrarse en el tema, tratarlo desde sus distintos puntos de vista y analizar sus aspectos positivos, negativos y contradictorios, todo ello sin dejar de considerar el conjunto y menos aún descuidar la sugerencia de soluciones aplicables, a fin de salir de la crisis actual. Entre estas contadas personas ocupa destacado lugar el general Beaufre, personalidad de sólido prestigio en el ámbito de la estrategia y particularmente al tanto de cuanto se refiere a la O. T. A. N. por los altos cargos que ocupó en esa organización: fue jefe de Estado Mayor adjunto del S.H.A.P.E. y jefe de la delegación francesa en el Grupo Permanente del Atlántico Norte en Washington. Únese a ello la circunstancia poco común entre militares, incluso de gran valía profesional, de que el general Beaufre está dotado de una rara capacidad de análisis y síntesis, de un arte de clarísima exposición de las cuestiones más complejas y áridas y de una elegancia de estilo y facilidad de expresión que merecen destacarse. Por lo demás, como quiera que el pensamiento del general Beaufre—podría decirse su filosofía—está basado en el hecho, para él incuestionable, de la interacción de la Estrategia y de la Política y en la indispensable coordinación de ambas cosas en un sistema de defensa que quiera estar a la altura de nuestros tiempos, es lógico que *L'O. T. A. N. et l'Europe* abarque el estudio total de la cuestión, aun cuando el autor no sea un profesional de la política, pese a ser diplomado en Ciencias Políticas.

Aunque dedicada a sus amigos norteamericanos, el general Beaufre advierte que su obra, de muy reciente publicación, no es una toma de posición en favor o en contra de las decisiones del Gobierno francés respecto a la O. T. A. N. Ciertamente es una consideración objetiva y razonada como la suya de tan complejo problema incluye la adhesión sin reservas a alguna de las tesis que se oponen, singularmente cuando se apunta al blanco de soluciones tendentes a la creación de Europa, y precisamente a impulsos de la Alianza Atlántica, extremo éste que revela una visión muy original y nueva de la cuestión, pero

que no coincide demasiado con las últimas singladuras de la política exterior francesa tal como aparece al observador.

La historia de la Alianza Atlántica empieza virtualmente con la creación de la Unión Occidental en 1948, la cual, en el corto período de su existencia, echó los cimientos del edificio de la O. T. A. N., estima el general Beaufre, quien tomó parte activa en aquel primer intento colectivo de defensa frente a la amenaza soviética. En la Unión Occidental se tropezó con las dificultades que origina toda alianza militar, pero rápidamente se impuso una organización franco-británica, con predominio de mando británico merced a tretas y enredos cuyo escueto relato no carece de hiriente ironía. Los demás signatarios del Tratado de Bruselas constituían un coro semimudo. La O. T. A. N. había de recoger esta modalidad de reparto de los papeles, si bien los Estados Unidos no tuvieron que molestarse en imponer su predominio: era evidente. Y así empezó la O. T. A. N. a caminar, con una tara de origen que el tiempo iría acusando hasta perjudicar el buen funcionamiento de esa pesada máquina de guerra estrictamente defensiva. Al atenerse al esquema de la Unión Occidental, la O. T. A. N. copió sus deficiencias: ni siquiera sustituyó el sistema de logística nacional por un sistema de logística colectiva que hubiera dado origen a un órgano supranacional. En cambio, se incrementó enormemente la capacidad defensiva merced a las armas atómicas norteamericanas y se amplió el área de defensa, anteriormente limitada al Rhin. Sin embargo, todas las garantías estadounidenses resultaban—al menos en los textos—limitadas en el artículo esencial del Tratado del Atlántico Norte, que, en su segunda parte, anula el automatismo de los compromisos por motivos de política interior (¡el viejo aislacionismo siempre alerta!)

Recién firmado el tratado, Eisenhower asumió el mando supremo de las fuerzas aliadas en Europa. Militarmente era un acierto, pero tuvo el inconveniente de entregar de entrada la O. T. A. N. a la Administración norteamericana, que sólo concibe la organización en forma de complicadísimos esquemas. «La O. T. A. N. tuvo además sucesivas organizaciones», aunque el general Beaufre sólo describa la actual, resultante de las anteriores. Con gestos precisos de relojero desmonta una por una las piezas de esa gigantesca máquina político-militar. No cabe reseñar aquí el detalle de tan minuciosa organización. Destacaremos solamente ciertos aspectos concretos que desvirtúan el espíritu del Tratado del Atlántico Norte: la complejidad abrumadora de la organización militar bajo la influencia del Pentágono (que llama «monstruo kafkaiano»); el asesoramiento del Consejo del Atlántico Norte, dirección política de la Alianza con sede en París, por el S. H. A. P. E., también con sede en París y mando norteamericano, lo cual deja aislado en Washington, cerca del Pentágono, al grupo permanente, teóricamente asesor del Consejo. Esa americanización del mando supremo en Europa es un error técnico, dice sin ambages el general Beaufre. Desde el punto de vista político, «es un abuso que explica en gran parte las recientes reacciones del Gobierno francés». Por lo demás, los mismos fallos de desigual reparto de los mandos se observa en el mando supremo aliado del Atlántico: «Estados Unidos asume los mandos más importantes... Gran Bretaña cinco mandos subordinados y Francia un solo mando subordinado».

En el bien definido marco de la organización, el General Beaufre describe el funcionamiento de la Alianza con sus resultados positivos y sus menos satisfactorios. Uno de éstos es la lentitud de realización de las obras proyectadas, que resultan anticuadas tan pronto terminadas, debido a la evolución continua y rápida de la estrategia y de los armamentos, evolución que la Alianza no supo nunca prever. En cuanto a los planes de defensa, por la preponderancia norteamericana perdieron todo carácter colectivo. Adolecieron además de las limitaciones impuestas por la ley Mac-Mahon. De suerte que «la espina dorsal» del sistema defensivo, o sea la fuerza nuclear, por ser de exclusiva competencia norteamericana, coloca a los aliados ante una estra-

RECENSIONES

tegia incompleta, algo así como un texto donde faltara el párrafo esencial. Mientras la defensa se centró en la estrategia clásica y las represalias masivas, no eran una dificultad capital. El problema surgió en 1957, al ser dotadas las fuerzas europeas de armas nucleares tácticas. Entonces se planteó el problema, casi insoluble en el orden militar, del «reparto de responsabilidades», el famoso «dedo en el gatillo», consecuencia inevitable del poder nuclear de los Estados Unidos y de la cadena de mandos norteamericanos que neutralizaban los mandos interaliados. La entrada de la Alemania Federal en la O. T. A. N. en 1955 también habrá complicado la cuestión por las particularidades de su ingreso en la organización. No obstante sus razonadas críticas, el general Beaufre destaca el éxito de la O. T. A. N. para mantener la paz y lograr el relajamiento de la tensión existente en 1950. Por tanto, concluye, no se trata de prescindir de la beneficiosa Alianza, sino de adaptarla a las nuevas realidades.

Claro reflejo de estas realidades cambiantes es la evolución de la estrategia de la O. T. A. N. Tal vez debido a su carácter defensivo y disuasivo no se anticipó a los hechos, sino que se adecuó a ellos. Así, al principio, la estrategia norteamericana se basó en un sistema clásico de defensa de Europa y en el poder de la disuasión de las represalias masivas. Paralelamente, cabe señalar que los Estados Unidos tenían entonces la política de su estrategia. El acceso de la U. R. S. S. a la fuerza nuclear y la aparición del arma termónuclear modificaron aquellos conceptos al extremo de que en un momento dado —política llamada del MC 70—, los Estados Unidos parecieron tener la estrategia de la estrategia soviética. La «respuesta graduada» (flexible *response*), considerada la estrategia de Kennedy, abre un nuevo período en el que puede decirse que los Estados Unidos tienen la estrategia de su política, con un fallo sensible: la adoptaron sin consultar con sus aliados europeos, pese a las graves consecuencias que puede entrañar para Europa. Ciertamente es que «el papel relativo de las fuerzas europeas ha ido menguando sin cesar en el marco de la O. T. A. N.». Pero nada de ello demuestra que el sistema de defensa de la O. T. A. N. sea superfluo, opina el general Beaufre, aunque haya de ser puesto al día en función de la situación política actual, en la que, a pesar del relajamiento de la tensión, perduran peligros de crisis.

Al encararse con el porvenir en la segunda parte de su obra, el general Beaufre resuelve airoosamente la dificultad de abordar una cuestión que es al mismo tiempo de técnica estratégica y de política, tratando el aspecto político de tal cuestión en función de la estrategia. Por este derrotero llega igualmente a la conclusión del indispensable mantenimiento de la Alianza. Reconocer una necesidad no implica supeditarse a ella, tanto más cuanto que una alianza es por definición una asociación. Buscar la solución mediante un reparto de la responsabilidad es estrellarse contra dificultades técnicas difíciles de superar. Otro tanto cabe decir de la fórmula «fuerza multinacional» y «fuerza multilateral», que no modifican el fondo del problema. El camino sencillo y expedito es una «coordinación prevista y concertada de las estrategias nacionales en tiempo de paz» que permita establecer un esquema de coordinación, tanto preventivo como resolutivo de las crisis, ello en el marco de la disuasión, concepto éste que domina la estrategia actual.

La coordinación de las estrategias se nos impone como una de las ideas rectoras del pensamiento del general Beaufre con vistas a resolver la crisis de la O. T. A. N., originada en parte por razones propias—ampliamente expuestas—, pero también por el prurito francés de conservar la autonomía militar, propósito desfasado de las realidades estratégicas, logísticas y financieras de la hora presente. Hoy en día, la defensa de un país está vinculada a la defensa de otros países, so pena de que el país autónomo se vea arrollado no ya en un mes, como Francia en 1940, sino en días. No por ello propugna el general Beaufre una dilución de los ejércitos nacionales en un ejército co-

lectivo, internacionalizado. Su criterio es el mantenimiento de la personalidad nacional dentro de la unidad. ¿Qué unidad? La occidental, ciertamente, en el amplio sentido de la palabra, pero representada por dos bloques aliados; es decir asociados: Europa y los Estados Unidos. Kennedy lanzó la idea de «los dos pilares», pero su muerte la dejó nonata. Con este enfoque, el general Beaufre aboga con razonado anhelo por la coordinación de las defensas nacionales europeas, hasta establecer una auténtica defensa europea, a su vez coordinada con la de los Estados Unidos.

Entre las diversas medidas de orden práctico que apunta, destaquemos la creación de un Mercado Común Europeo de armamentos y la puesta en común de los esfuerzos para la investigación. Mas para el lanzamiento de esta fórmula renovada y adaptada de la defensa, hay que mantener la O. T. A. N., que «brinda posibilidades nada desdeñables para crear a Europa». El general Beaufre opta decididamente, pero cargándose de razones inteligentemente expuestas, en favor de Europa. Opina, y los hechos no contradicen sus opiniones, que Europa no se hallará al término del limitado camino de lo económico, ni pasando por el accidentado de lo político. Sólo aparece claro el camino de lo estratégico, que, discurrendo por los intercambios estratégico-políticos, provoca una toma de conciencia de solidaridades específicas. Así, andando el tiempo, se desembocaría en la solidaridad europea, o sea, Europa. Pero en su contextura actual la O. T. A. N. obstaculiza tal camino, en tanto que su reforma, según los criterios señalados, haría «la Alianza Atlántica plenamente compatible con el desarrollo de un sistema de seguridad europea estrechamente asociado con los norteamericanos». Para ello, «basta, aun manteniendo en el vértice la Alianza Atlántica, asociación de los quince, distinguir desde ahora su componente europeo en una organización especial de las doce potencias europeas de la Alianza, a la cual tal vez España pudiera asociarse ulteriormente». Así se lograría automáticamente la agrupación político-estratégica de la Europa occidental, base de una comunidad europea de defensa, que sería, de hecho, el cimiento de la Europa futura.

Mas tal reforma no es un fin en sí ni su objetivo es sólo condicionar la creación de Europa, sino hacer frente al futuro y sus diversas posibilidades políticas, que el general Beaufre examina en una exposición que es un modelo de orden en las ideas. No sienta cátedra de profeta. Se limita a sacar las consecuencias lógicas de las situaciones políticas que pueden producirse: aproximación de los Estados Unidos y de la U. R. S. S. o bien creciente compromiso estadounidense en Asia o bien evolución progresiva en Europa hacia su unidad. Diseña estas tres hipótesis (que llama «los tres problemas clave»), evidenciando con rigor, cabe decir que matemático, las consecuencias que la inserción en la realidad de cada una de ellas puede tener para Europa. El corolario de esa exposición es para el general Beaufre, desde el punto de vista europeo, una solución que califica de «sintética»: reforma de la O. T. A. N., incluyendo en ella un componente europeo y estableciendo una organización cuyo esquema general comprende tres niveles (atlántico, europeo y nacional), militarmente viable en su opinión. Políticamente, tal solución se presenta como un término medio entre «demasiada O. T. A. N.» y «escasez de O. T. A. N.».

Decidido partidario de una O. T. A. N. reestructurada—éste es el sentido esencial de la obra que nos ocupa junto con la persecución del objetivo Europa con la ayuda de la O. T. A. N.—, el general Beaufre, con cautela de gran estilo, se detiene a considerar a Europa, a meditarla sería más exacto, con todo lo que de amplio, hondo y lúcido tiene una meditación. Estamos lejos del lirismo y la confusión de ideas y conceptos que suele suscitar el tema. Partiendo del hecho histórico de «las transformaciones en la forma y el volumen de los Estados, que corresponden al cambio de ciertos factores sociales y económicos», en razón de la rápida evolución contemporánea en todos los ámbitos, considera rebasada la fórmula Estado-Nación. Lo cual no equivale a pensar que las

RECENSIONES

veinte naciones que constituyen Europa puedan fundirse por ensalmo en una unidad. Ni coalición de «Estados plenamente independientes» ni Europa integrada, opina el general Beaufre. La solución está en el federalismo que «es esencialmente la unidad de la diversidad», pese a las incuestionables dificultades que plantea su constitución. Pero el cimientó de ese edificio, que es absolutamente preciso construir, es una reforma de la O. T. A. N. que diera origen a un modesto pero robusto embrión de Europa. A menos que las naciones europeas opten, de cara al futuro, por convertirse en Principados de Liechtenstein o en Repúblicas de San Marino en el mundo que se está configurando.

Pese a la amplitud de nuestra reseña, impuesta por la singular importancia de la reciente obra del general Beaufre, sólo hemos recogido las ideas esenciales de *L'O. T. A. N. et l'Europe*, pletórica de contenido y que no vacilamos en calificar de altamente constructiva y fundamental para un conocimiento cabal del problema de la tan discutida organización y el futuro de Europa, ello a pesar de su elegante sencillez que aparece como un refinamiento de mente preclara. Además, en el momento en que la O. T. A. N., un tanto desarbolada por la retirada de Francia, pudiera buscar para sustituirla el mástil español, interesa sobremanera conocer el planteamiento básico de las dificultades existentes en el seno de esa organización y las condiciones de su funcionamiento. Porque cabe en este caso recordar la recomendación evangélica: «Nadie echa un remiendo de paño nuevo a un vestido viejo; de otra suerte rasga lo nuevo, parte lo viejo y se hace mayor la rotura.»

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA.

LUIGI BARZINI: *Les Italiens* (título original: *The Italians*). Gallimard, París, 1966, 410 págs.

El que un italiano publique en los Estados Unidos un estudio sobre sus compatriotas antes de darlo a la estampa en su país, puede llevar a suponer que se trata de alguno de los innumerables exiliados políticos de Italia. Sería un error. Luigi Barzini, que agrega a su nombre el adjetivo inglés «Junior» (como el hijo del Presidente tunecino Habib Burguiba), para que no se le confunda con el excelente periodista que fue su padre, vive muy bien de su pluma en Milán o en Roma, donde tiene un escaño en Montecitorio en su calidad de diputado liberal. Mas por haber cursado sus estudios en la Universidad de Columbia ha conservado estrechos lazos con el mundo anglosajón. Y con destino a aquél ha escrito este libro, que tiende a presentar a los italianos y su vida política y social a extranjeros que, por lo general, no comprenden nada de estas cuestiones.

De su estancia en los Estados Unidos, el señor Barzini ha adquirido una óptica un tanto diferente de la de sus compatriotas cuando enjuician su patria común. Tal vez caiga en una leve afectación para mejor identificarse con sus lectores norteamericanos. Ello lo lleva a tomar un tono ligeramente despectivo con esos pobres meridionales que analiza y define sin indulgencia. Pero al obrar así, ¿no cae a su vez en uno de los defectos que reprocha a sus compatriotas cuando habla del exceso de amabilidad de que adolecen frente a poderosos extranjeros que vienen a la Península y de quienes esperan favores o provechos?

Luigi Barzini (Junior) empieza por señalar la enorme atracción que Italia ejerce en los extranjeros. Desde hace siglos, éstos, tan pronto bajo la forma brutal de invasores en armas como bajo la de turistas y aficionados al arte, se vuelcan por millares—y actualmente por millones—en Italia. ¿A qué se debe ese «encanto de Italia»? El señor Barzini busca las razones de ello. Y las combate con el ardor de un iconoclasta que pretende ser razonable. ¿La dulzura

del clima? Es una idea de septentrionales, pues hay otros climas tan buenos y mejores. ¿La cocina? Es sana, sencilla, pero no vale lo que la cocina francesa. ¿Las ruinas? ¿Las obras artísticas? También las hay en otros países. El autor piensa que los extranjeros vienen en busca en ese país de un cierto modo de vivir, «el placer de hallarse... en un mundo hecho por el hombre, para el hombre y a la medida del hombre».

Esa vida animada, ruidosa, aturdidora como un espectáculo endiablado, la describe a grandes rasgos—a veces forzados—. Es un bello espectáculo. Pero está constituido en gran parte de ilusiones. ¿Qué hay detrás de ese telón? El autor contesta: la pobreza, la ignorancia, la injusticia y el miedo. Italia es el país más pobre del Mercado Común. La miseria reina en el Sur, donde es comparable con la del norte de África. El número de analfabetos y de personas que apenas si saben leer y escribir es muy crecido. Comoquiera que los políticos, para ser elegidos, tienen que halagar las ideas y los prejuicios de esas masas, la vida política italiana se sitúa a un nivel muy bajo. Los funcionarios están mal pagados y trabajan poco. De ahí la espantosa lentitud de la Administración. «Reclamaciones por daños y perjuicios causados por Garibaldi y sus «camisas rojas» a propiedades sicilianas en 1860 todavía se seguían pagando en 1954, noventa y seis años después, en liras que habían perdido todo su valor...; a herederos que apenas si recordaban por qué motivo percibían esas cantidades irrisorias.» Queda el cuarto de los genios malos: el temor. En un país donde las pasiones son vivas y donde el número de crímenes pasionales o políticos sigue siendo elevado, es normal que cada uno adopte precauciones. De ahí la cautela italiana de la que dio buen ejemplo Palmiro Togliatti, que supo aguantar en Rusia todas las purgas stalinianas sin perder la vida y ni siquiera su remuneración. Para cruzar por las dificultades de la vida hay que tener una «sistemazione», dice Barzini. El italiano busca esa «sistemazione» para él y para su familia en la vida privada y en la vida pública. Pero con la ayuda de su tendencia a la teatralidad, sus construcciones políticas son «Estados de cartón».

Para apoyar su análisis—o su requisitorio—, el señor Barzini, Jr., apela a la Historia. En una larga carrera sinuosa, que apenas si tiene en cuenta la cronología y el encadenamiento de los hechos, va de Cagliostro a Cola di Rienzo, del desafortunado tribuno romano a Mussolini, cuyo final fue tan dramático y también tan miserable como la caída y muerte de aquél, del Duce a Guichardin, de allí a la batalla de Fornovo, pasando por el Risorgimento y los problemas actuales de Sicilia y del Sur. No podríamos jurar que la historia del señor Barzini es siempre de una pureza ortodoxa. Por ejemplo, señala honradamente, en contra de los historiadores oficiales de su país, que el Risorgimento no fue la tarea del pueblo italiano entero, sino el resultado de la acción de una minoría de intelectuales y de burgueses y que, en suma, la unidad italiana fue una obra muy artificial. Pero ya se sabe desde Ernest Renan que la Historia es una ciencia menor conjetural. Y comoquiera que las reflexiones del autor de *Les Italiens* son interesantes, y a veces originales, nos guardaremos de reconvenirlo.

El señor Barzini observa que Italia, que estaba a la cabeza de Europa en los albores del Renacimiento, fue presa de los extranjeros a partir de la invasión de los franceses de Carlos VIII (y de sus auxiliares suizos, que parece confundir con los pacíficos helvéticos de hoy en día, en tanto que constituían la más terrible soldadesca de la época). Por no haber sabido vencer a los extranjeros, los italianos fueron sojuzgados pacíficamente o saqueados por sus sucesivos ocupantes. Tuvieron que salir adelante con astucia, halagando a los vencedores y a sus «quislings», engañándolos cuando podían. Esto los ha condenado a ser conformistas o a hacer trampa. Italia tuvo notables individualidades, artistas excepcionales, grandes escritores, hombres de negocio de primer orden e incluso generales geniales (un Farnesio, un Spinola o un Montecucoli).

RECENSIONES

«Pero sumados por millones, los italianos sólo formaban un populacho débil, fácil de engañar y necio... La nación italiana, suma de esos individuos excepcionales, jamás logró resolver sus problemas elementales..., problemas que otros pueblos menos evolucionados ya habían resuelto.»

¿Por qué? El señor Barzini estima que su país ha sido víctima de un círculo vicioso: el carácter nacional engendró fatalmente las tiranías, y éstas han exacerbado los defectos del carácter nacional, llevando al país a la catástrofe. Sólo minorías han aceptado morir por la nación. El italiano medio prefiere luchar por su bienestar particular. En la Historia, en lugar de trabajar por la unidad, los italianos luchaban contra las fuerzas capaces de unir al país: güelfos con el Papado contra la dominación imperial, pero gibelinos tan pronto como, pasado el peligro, el Papado hizo correr el riesgo de organizar al país. Todavía actualmente, dice el señor Barzini, la Iglesia ejerce su prepotencia en Italia por el intermediario del partido demócrata-cristiano, pero los comunistas desempeñan el papel de gibelinos. Mas si éstos dieran muestras de triunfar, el güelfismo lograría el apoyo de los indiferentes.

El autor es duro con los dirigentes actuales de los partidos de masa, como es duro con el fascismo (que no dejaría de alabar en su juventud, como tantos intelectuales italianos que después se pasaron más a la izquierda que él). Lejos de celebrar el «milagro» italiano—que sin tener nada de milagroso representa por lo menos un resurgir impresionante en el plano económico—hace una crítica implacable del «arte de vivir italiano», cuya forma contemporánea es la *dolce vita* que el cine ha puesto en candelero.

Esta no tiene siquiera el mérito de hacer felices a los italianos. «Las gentes gozan de sus ventajitas temporales..., pero están constantemente atormentadas por el descontento. A falta de resolver sus problemas, dejan que se acumulen hasta que llegue la catástrofe: con la esperanza de que no llegará, por hallar una solución ingeniosa para detenerla. O bien de que ellos y su familia escaparán». Así consiguen—concluye el autor—llevar una vida «más grata y soportable que en los países ricos y bien organizados, a pesar de su pobreza, de la tiranía y de la injusticia». Pero tal mentalidad perpetúa aquellos hechos, pese a los esfuerzos de los mejores italianos.

Tal es el fondo de este libro entretenido de leer y profundamente amargo. El señor Barzini conoció el apogeo y la caída de la Italia fascista, el principio de la República, cuando resultaba hermosa, y su transformación en lo que los franceses llaman «la República de los camaradas», que tiene el mérito de evitar las aventuras, pero que seguramente no ha mejorado los hábitos políticos de nuestro tiempo. Ello le produce una cierta amargura. ¿Es ésta el hecho de un patriota decepcionado? ¿O el examen desdeñoso de un italiano americanizado, un tipo no carente de analogías con el «afrancesado» del siglo XVIII en España, que quisiera ver que su país se somete a las normas de la civilización anglosajona? De todos modos, el lector piensa a ratos que el autor aporta a la crítica de sus compatriotas esa exageración meridional que les reprocha. Su falta de civismo ya no parece ser el feudo de los italianos, al menos en la Europa occidental de hoy, que ha sustituido su nacionalismo de antaño (que sólo rebrota con más virulencia cuando se trata del fútbol o de cualquier otro deporte de masas) con el culto del dinero y los ocios fáciles. ¿La ignorancia y la pobreza de ciertos sectores? Existen, pero disminuyen. Nos parece que el cuadro no es tan sombrío como lo pinta el señor Barzini, Junior. Cabe preguntarse si, como contrapeso de los entusiasmos de la era fascista, en que la propaganda de Roma quería que los italianos fueran los primeros en todo, el señor Barzini no mira a su país con gafas de aumento. En esto recordaría a los naturales de Tarascón de Alfonso Daudet, quienes, después del desastre de Puerto-Tarascón, todo lo empequeñecían para castigarse de su optimismo de antaño, pero sin dejar por ello de seguir exagerando.

CLAUDE MARTIN.

S. D. GOITEIN: *Jews and Arabs*. Schocken Books, New York, 1965. 247 págs.

Al abordar el moderno Estado de Israel para contemplarle y estudiarle como la más curiosa de las entidades nacionales artificiales, uno de los aspectos que más sorprenden es el de su doble escala de paradojas y contrastes. Por una parte, las estructuras oficiales y sociales de la nación israelí o israeliana presentan una rigidez y una unilateralidad de organización europeísta que no corresponden a los orígenes del pueblo que habita Israel; un pueblo formado por aluviones inmigratorios llegados desde un centenar de países. Por otra parte, el contenido ideológico de los propósitos de orientalización y resemitización, que estuvo en el origen de los programas sionistas, no se ha aplicado respecto a los árabes vecinos. Estos dos contrastados se juntan en los aspectos oficiales del régimen israelí; pues en vez de rehacer un «judaísmo de aire libre» abierto y tradicional, tiende a ser como un enorme *ghetto* donde se reproduzcan en mayor escala las formas de apretamiento sobre ellos mismos de los desterrados que vivían en Rusia o Polonia, en Alemania y Holanda.

Analizando hoy los encuadramientos de la vida política y administrativa en Israel, lo primero que extraña es el aspecto nórdico-europeo del Estado y sus instrumentos. Por ejemplo, en 1964 sólo había un ministro que no procediese de Europa septentrional; mientras entre los miembros del Tribunal Supremo y los *catedráticos* de la Universidad Judía de Jerusalén no figuraba ningún miembro procedente del Mediterráneo ni del Próximo Oriente. A pesar de que el Estado de Israel ha nacido de un éxodo que ha causado tremendas sacudidas de ideologías y formas de vida; las armazones directivas siguen siendo las de los fundadores que procedían de Moscú, Varsovia y Viena. Luego llegaron los primeros que huían de Hitler, y al final las estructuras estatales se completaron con aportaciones técnicas estadounidenses. Entre tanto, los inmigrantes hebreos que en el uso diario de Israel son denominados «mizrajis» u «orientales», han llegado a constituir el elemento más numeroso de la población. Según el censo oficial del año, mayo de 1961, Israel tenía 2.070.115 habitantes en total, de los cuales eran judíos «orientales» 1.123.050. Después llegaron 40.000 judíos procedentes de Argelia y zonas vecinas, con lo cual el número de «orientales» pasó a ser el 58 por 100 de la población total. En los datos corrientes del censo de 1964 no se encuentra la especificación de judíos «nórdicos» y judíos «orientales», aunque se cree que los dos núcleos vienen a estar casi equilibrados dentro del total de 2.430.125 almas. Aunque de esta cifra han de restarse 246.000 árabes residentes en Nazaret y varias aldeas, que son musulmanes o cristianos.

Respecto a los contrastes entre el país de Israel y los países árabes contiguos, las primeras diferencias visibles son las de que Israel constituye una sociedad sin clases. No se encuentran residuos de feudalismo, familias replegadas sobre sus tradiciones, grupos plutocráticos, ni burocracias compactas. Incluso el partido laborista «Mapai» y la federación laboral de la «Histadruth» no defienden los intereses de una clase determinada, sino los de ciertos niveles técnicos. No es raro que un investigador universitario alterne la ciencia con los trabajos agrícolas en una granja, y toda la sociedad tiende a un tipo medio funcional. En cambio, los países árabes vecinos presentan enormes desniveles entre masas miserables y grupos de «notables»; entre generaciones viejas y nuevas; entre ciudadanos, labradores, nómadas y obreros industriales.

El profesor S. D. Goitein, que es presidente de la Escuela de Estudios Orientales en la Universidad Hebrea de Jerusalén, muestra documentalmente que las momentáneas diferencias de niveles y ambientes entre árabes y judíos

alrededor de Israel carecen de causas naturales, y son sólo episodios fortuitos de unas etapas de creación en las cuales los sionistas recibieron (y siguen recibiendo) enormes cantidades de recursos y dinero desde Europa occidental y Norteamérica. Pero los árabes tienden a recuperar el tiempo perdido, y en ese sentido, el profesor S. D. Goitein señala el socialismo árabe de Gamal Abdel Nasser como *impressive experiment*. De todos modos parece evidente que las actuales desigualdades y los contrastes arábigo-sionistas dependen de causas circunstanciales y de influencias extranjeras, las cuales se van apagando conforme aumenta el «orientalismo» proporcional de los habitantes israelianos.

Ahora las principales preguntas son las siguientes: Si las diferencias arábigo-judaicas tienden a atenuarse, ¿en qué dirección pudieran iniciarse las aproximaciones, sobre todo políticas? ¿La sociedad israelí llegará a ser más semejante a la árabe, la árabe se irá hebraizando o ambas se desarrollarán en una tercera dirección? Ninguna de estas interrogaciones puede contestarse claramente, pero es posible aportar, con fidelidad escrupulosamente documental, los materiales más indispensables. Es el primordial objetivo de S. D. Goitein en su sugestiva obra *Jews and Arabs*, a través de cuatro etapas en el análisis. Primera, los comunes orígenes de los dos pueblos. Segunda, los aspectos comunes en las historias de unos y otros, hasta cuando esas historias transcurrían separadamente. Tercera, las relaciones directas y las influencias mutuas. Cuarta, las coincidencias en sus renacimientos culturales y políticos que comenzaron a mitad del siglo XIX.

En los sectores políticos mundiales, S. D. Goitein muestra que las diferencias actuales se han producido por la disjunción de sus respectivas historias (después de unos orígenes familiares y entrelazados). La gran dispersión judía se produjo después de que Roma aplastó su revuelta de Jerusalén; mientras que los árabes construyeron sus primeros imperios-jalifatos, después de derrotar a Bizancio, que era sucesor de Roma. Durante la Edad Media gran parte de la mejor literatura judía fué escrita en idioma árabe. En la Edad Media los judíos vivieron bajo poderes extranjeros en el «Galuth» o dispersión de los «ghettos», mientras los pueblos árabes sufrieron las extranjerizaciones de la colonización, pero sin dejar sus suelos nativos. En el siglo actual, la «Nahda», o renacer arábigo, no ha tenido que crear naciones nuevas, sino modernizar las existentes. En cambio, el renacer judío, bajo la forma nacionalista-laica del sionismo, tenía ya un pueblo, pero no una nación territorial.

En lo cultural, los dos Renacimientos han tenido como principal sector activo y emocional el de los idiomas. El árabe, que seguía siendo lengua viva, se ha modernizado, limpiando sus estructuras y añadiendo un extenso repertorio de neologismos derivados de las raíces tradicionales. El hebreo se usaba como lengua muerta en lo ritual religioso, y fue modernizado por varios eruditos como Eliezer Ben Yemuda y el sefardí Abraham El Maleh, supliendo algunos vacíos (sobre todo fonéticos) por adaptaciones tomadas del árabe literal y del coloquial. Ya en la Edad Media el árabe fue la lengua de expresión literaria y científica de los escritores hebreos más famosos (entre ellos los nacidos en España o procedentes de ella). Después, y respecto al general proceso de modernización en los escritores judíos de hoy, el contacto con los árabes («the Worshippers of language») ha hecho de los hebreos-parlantes un conjunto trascendentalista. S. D. Goitein señala además varias curiosas fechas de coincidencias, como la de que en el año 1925 se inaugurasen a la vez la primera Universidad árabe moderna en El Cairo y la Universidad hebrea de Jerusalén.

Pasando a la política palestinesa, y la del Próximo Oriente en general, está demostrado que sionismo y arabismo han sido iguales, aunque hayan girado dando vueltas a un lado o al otro. Si el sionismo nació de manera más cerrada y polémica hacia 1895 fue porque en Europa ciertas campañas antisemitas, como la del asunto Dreyfus, hicieron nacer en algunas minorías intelectuales judaicas el deseo de tener una tierra propia. Pero se trataba de

RECENSIONES

una «resimitización» y por eso la tierra tenía que estar en el punto de partida del Oriente; allí, donde la revolución egipcia frustrada de Orabi en 1882 había sido un primer conato de resimitización frente a los turcos (lo mismo que la autonomía regional del Líbano desde 1861). Respecto a aquella primera rejudaización oriental que predicó Teodoro Herzl, se ha dicho: «En tanto que empeño de reconstrucción de Palestina, el sionismo no nació como algo anti-árabe, pues era ante todo anti-europeo.»

El arabismo apareció más tranquilamente y como empeño de limpiar una vida que se desarrollaba sobre unos territorios propios, aunque extranjerizados. Su primer instrumento fue la «Nahda» o renovación cultural, que luego pasó a la política para desembarazarse de lo turco, y después de la Primera Guerra Mundial vio su mayor adversario en las ocupaciones inglesas. Poco a poco el arabismo se hizo también antisionista, con motivo de las promesas contradictorias que Gran Bretaña hizo a sionistas y panarabistas entre 1916 y 1917, con el propósito deliberado de que se peleasen, y entonces los ingleses harían de componedores (es decir, algo semejante a la política hecha en la India, haciendo romper a indios y pakistanos).

Hoy, S. D. Goitein muestra que a pesar de sus mutuos recelos y hostilidades, el sionismo de Tel-Aviv y el arabismo de la Liga de El Cairo siguen presentando paralelismos al buscar en sus antecedentes semíticos la fuerza para poner al día sus remotas civilizaciones. Ambas sienten ciertas frustraciones políticas e intelectuales, que han producido las discriminaciones raciales y el colonialismo por parte de ciertas grandes potencias, pero que ellos desahogan en rencores intestinos. Acaso vayan atenuándose las diferencias, al irse todos articulando bajo formas comunes de popularismo colectivo (y en ese sentido es curioso el aire sionista del socialismo nacional de la R. A. U. y del Baaz de Siria). S. D. Goitein termina su libro diciendo que si los judíos han conseguido su reconstrucción social, pero no una independencia de fáciles movimientos, mientras los árabes son independientes, pero con la integración social en una evolución trabajosa, unos y otros necesitan acoplar sus planificaciones.

RODOLFO GIL BENUMEYA.